



27
09/2014

Beatificación de

Álvaro del Portillo

Una crónica fotográfica

PRESENTACIÓN

El 27 de septiembre de 2014, en Madrid, fue beatificado monseñor Álvaro del Portillo, obispo, prelado del Opus Dei. En la memoria de quienes participaron en la ceremonia y de quienes la siguieron a través de los medios de comunicación, los recuerdos personales de ese acontecimiento quedarán asociados a la liturgia cuidada, los cantos y la heterogénea muchedumbre que se congregó en Valdebebas.

Este libro fotográfico desea ser, al mismo tiempo, una ayuda para conservar vivos esos recuerdos y una muestra más del agradecimiento debido a Dios por el don que, con esta beatificación, ha concedido a la Iglesia.

Las fotografías —pinturas instantáneas de la realidad— han sido reunidas en tres capítu-

los. El primero y más amplio, se dedica al 27 de septiembre. El segundo da idea sumaria del camino hacia esta beatificación: comienza con referencias a la vida del nuevo beato y concluye —tras repasar las fases de la causa de beatificación— con los preparativos inmediatos para esta gran fiesta. El tercer capítulo recoge escenas de los sucesivos días de acción de gracias en Madrid y Roma. En un cuarto capítulo se han recogido las principales homilías y mensajes de la beatificación.

Junto con el Papa Francisco pedimos al Señor que “el ejemplar testimonio cristiano y sacerdotal del beato Álvaro del Portillo pueda suscitar en muchos el deseo de unirse más a Jesús y al Evangelio”.

SUMARIO

27 DE SEPTIEMBRE DE 2014

EL CAMINO HACIA LA BEATIFICACIÓN

DÍAS DE ACCIÓN DE GRACIAS: MADRID Y ROMA

DISCURSOS Y HOMILÍAS

Foto portada:

17 cardenales y 170 obispos participaron en la ceremonia. En el fondo del presbiterio se leía el lema episcopal del nuevo beato: "Regnare Christum volumus!".

27 DE SEPTIEMBRE DE 2014

1





AFB

La ceremonia se celebró en Valdebebas, una zona periférica de Madrid.



AFB

Se estacionaron 1.700 autobuses en las calles adyacentes.



AFB

Los primeros participantes llegaron antes del amanecer.



AFB

En la ceremonia participaron personas de los cinco continentes.



AFB

También muchas familias acudieron al recinto de Valdebebas.





AFB

Los más jóvenes no conocieron en vida a Álvaro del Portillo, pero cuentan con él como un modelo cercano de santidad.



23X18 P.E. 125 5/14
Inventory: 12/15/14
Lot: 100
© 2014, Sun



SGB

José Ignacio —de Chile— viajó a Madrid con su familia para agradecer al nuevo beato su curación en 2003: el milagro que abrió el camino a la beatificación.



AFB

Todo está dispuesto.



MCC

Al comienzo de la ceremonia, monseñor Fernando Ocariz leyó la carta enviada por el Papa Francisco al prelado del Opus Dei: “También yo deseo unirme a vuestra alegría y dar gracias a Dios”.



Papa Francisco: el beato Álvaro “recorrió muchos países fomentando proyectos de evangelización, sin reparar en dificultades, movido por su amor a Dios y a los hermanos. Quien está muy metido en Dios sabe estar muy cerca de los hombres”.



MCC

El postulador lee algunas notas biográficas de Álvaro del Portillo.



PT

Muchos de los asistentes siguieron los detalles del acto por una de las 26 pantallas gigantes.



MCC

A las 12:24, el delegado del Papa Francisco, el cardenal Angelo Amato pronunció en latín la fórmula de la beatificación.



ESV/FSG

A partir de este momento, Álvaro del Portillo es beato.





PPT

Un largo aplauso acompañó el momento en que se descubrió la imagen del beato Álvaro.



MCC

El cardenal Amato entrega a monseñor Javier Echevarría, prelado del Opus Dei, la carta apostólica de la beatificación.



AFB

José Ignacio Ureta Wilson y sus padres llevan la reliquia del nuevo beato.



MCC

Susana y Javier colocan el relicario en una peana situada en el presbiterio.



GM

El cardenal Amato incienso la reliquia.

Refmane



GM

El relicario contenía una gasa con gotas de sangre de Álvaro del Portillo.



AFB

La Orquesta y Coro JMJ entona el "Christus vincit".



AFB

Kika y Luis, padres de 13 hijos, habían cantado en la beatificación de san Josemaría. En esta ocasión se unieron a los cantos desde su silla en el sector A-2.



AFB



Izquierda: tramo final de la avenida central. Derecha: una perspectiva desde el lado opuesto, con el presbiterio al fondo. Se habilitaron 195.000 metros cuadrados en un espacio de dos kilómetros en forma de L.





ESV

Los participantes siguen la ceremonia con el folleto con las oraciones de la Misa preparado para la ocasión, disponible impreso y en diferentes formatos digitales.



JMS

Homilía del cardenal Amato: "Álvaro del Portillo tenía una riqueza espiritual excepcional".



ESV

“El beato Álvaro del Portillo nos invita hoy a vivir una santidad amable, misericordiosa, afable, mansa y humilde”.



Se transmitió por radio la traducción en inglés, francés, italiano y alemán.



ESV

Se usaron 80 confesionarios, ya empleados en la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Madrid, en 2011.



En la oración de los fieles se rezó por la Iglesia, por el Papa, por las familias, por la paz en el mundo, por los pobres y por los que sufren.



AFB

Varias familias llevan las ofrendas al altar y saludan al delegado pontificio.



SGB

Fueron muchas las personas venidas del continente africano.



AFB

El coro canta "Dulce Madre", compuesta para este día con el texto de una oración mexicana que el beato Álvaro aprendió de labios de su madre, natural de México.





AFB

El silencio acompañó los momentos centrales de la santa Misa.





AFB

Así se seguía el momento de la consagración en el sector I, a más de un kilómetro de distancia del altar.



PPT

En las primeras filas se encontraban más de 200 personas con algún tipo de discapacidad y representantes de las numerosas iniciativas sociales promovidas por el nuevo beato, especialmente en África y Latinoamérica.



ESV

Vista desde el sector E hasta el final del recinto.



JMS

1.200 sacerdotes distribuyeron la comunión. Una sombrilla anunciaba la presencia de Jesús Sacramentado.



ESV

A lo largo del recinto de Valdebebas se situaron 13 capillas eucarísticas, desde las que se hizo posible una ordenada distribución de la comunión.



AFB

En una de las capillas eucarísticas, un sacerdote hace la genuflexión ante Jesús Sacramentado.





ESV

En sus palabras de agradecimiento el prelado del Opus Dei se refirió al “gozo de san Josemaría Escrivá de Balaguer, al ver que este hijo suyo fidelísimo ha sido propuesto como intercesor y ejemplo a todos los fieles”.



Prelado del Opus Dei: "Un agradecimiento particular para los profesionales de los medios de comunicación, que han hecho posible que tantas personas en todo el mundo hayan podido participar desde sus países en esta ceremonia".



AFB

Cardenal Antonio María Rouco: "Como Iglesia diocesana nos enorgullecemos de la fiel ayuda del beato Álvaro a san Josemaría en la difusión del mensaje del Opus Dei por todo el mundo y de su contribución al Concilio Vaticano II".



ESV

La ceremonia concluyó a las 14:20. Millones de personas pudieron seguirla por televisión, radio e internet.



MCC

Los lienzos y ornamentos sagrados serán enviados a iglesias jóvenes y a países con especiales dificultades como Irak, Uganda, Filipinas e Israel. Fueron confeccionados por cerca de 600 voluntarios. También colaboraron algunos conventos de clausura.



ESV

El cardenal Amato se entretuvo con los fieles de las primeras filas.



MCC

Máxima Cora vino a Madrid desde Bolivia.

JLR

Si está conectado a internet presione sobre la imagen. Se abrirá una nueva pantalla en la que puede acercarse a los participantes y navegar sobre la fotografía.



FSG

En el recinto de Valdebebas reinaba un ambiente familiar y alegre.







Unos 3.500 voluntarios prestaron su ayuda a los asistentes atendiendo especialmente a las personas mayores, enfermas y con alguna discapacidad.



BTH

Las amigas de Beatriz emplean botellas de agua consumidas durante la ceremonia para rendir homenaje al nuevo beato.



2

EL CAMINO HACIA
LA BEATIFICACIÓN



AFB

La Iglesia ha establecido que el 12 de mayo, aniversario de su primera comunión, se celebre la fiesta del beato Álvaro. Un 12 de mayo dijo: "62 o 63 años que llevo comulgando a diario y es como una caricia de Dios".



AFB

Los dos procesos diocesanos de la causa de beatificación y canonización se clausuraron en 2008: el del vicariato de Roma, el 26 de junio, y el de la prelatura del Opus Dei, el 7 de agosto. El 28 de junio de 2012 Benedicto XVI dispuso que se promulgara el decreto de virtudes heroicas de monseñor Álvaro del Portillo.



AFB

El 5 de julio de 2013, el Papa Francisco reconoció como milagrosa la recuperación de José Ignacio Ureta Wilson, tras un paro cardíaco de más de 30 minutos. Se abrió así el camino a la beatificación.



Con motivo del centenario del nacimiento de Álvaro del Portillo (11 de marzo de 2014) se organizaron actividades en todo el mundo. La primera fue un congreso internacional en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz (Roma).



SGB

La Escuela de Ingenieros de Caminos de la Universidad Politécnica de Madrid organizó, durante el centenario, varias jornadas y exposiciones. En la imagen, Francisco Javier Martín Carrasco, director del centro en el que estudió Álvaro del Portillo.



VIR FIDELIS
ALVARO

Negli insegnamenti di Álvaro del Portillo troviamo accenti specificamente africani, come è documentato nei libri della Chiesa, i documenti del ministero sacerdotale o l'unità con il Papa e la gerarchia. Ma, senza dubbio, una caratteristica generale della sua figura è la fedeltà. Fu un esempio di fedeltà alla Chiesa prima come aggregato, poi come sacerdote e in ultimo come vescovo, di fedeltà ai Papi con i quali fu in contatto, di fedeltà alla vocazione e, infine, di fedeltà al fondatore dell'Opus Dei.

«Vivere la fedeltà come una virtù creativa, che è un continuo movimento verso un obiettivo. Una virtù che non consiste solo nel "conservare", ma nell'essere sempre nuove qualità dal momento della fedeltà». Álvaro del Portillo fu un uomo veramente felice.



LA PONTIFICIA UNIVERSITÀ DELLA SANTA CROCE

La Pontificia Università della Santa Croce è un progetto che nasce. Álvaro del Portillo ha iniziato nel 1961, dando compimento ad un desiderio di san Josemaría, fondatore dell'Opus Dei.

Il Centro Accademico oltreoceano-primo nome dell'Università - ha iniziato la sua attività nell'ottobre del 1964 con quaranta alunni e con la benedizione e lo stimolo di Giovanni Paolo II. In questi quasi trent'anni, sono passati per le sue aule 5874 alunni di 111 Paesi. Gli studenti provengono da 788 diocesi o appartengono a 143 istituti religiosi.

Il primo Gran Cancelliere desiderava che l'Università offrisse agli alunni una profonda formazione scientifica e spirituale, e che si caratterizzasse per la capacità di stabilire un dialogo sincero con la cultura contemporanea in piena adesione al Magistero della Chiesa.

THE PONTIFICIAL UNIVERSITY OF THE HOLY CROSS

The Pontifical University of the Holy Cross was a project begun by Mg. Álvaro del Portillo in 1961, fulfilling the desire of San Josemaría, founder of Opus Dei.

The Overseas Academic Centre - the first name of the University - began its activity in October 1964 with forty students and the blessing and encouragement of John Paul II. In nearly thirty years, 5874 students have passed through its classrooms from 111 countries. The students come from 788 different dioceses or are members of 143 religious institutes.

The first Grand Chancellor wanted the University to offer students a profound scientific and spiritual formation, and that it be characterised by its capacity to establish a sincere dialogue with modern culture in full adherence to the Magisterium of the Church.

LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE LA SANTA CRUZ

La Pontificia Universidad de la Santa Cruz fue un proyecto que nació. Álvaro del Portillo inició en 1961, siguiendo un antiguo deseo de san Josemaría, fundador del Opus Dei.

El Centro Académico Romano - primer nombre de la Universidad - inició su actividad en octubre de 1964 con cuarenta alumnos y con la bendición y estímulo de Juan Pablo II. En estos casi treinta años han pasado por sus aulas 5.874 alumnos de 111 países. Los estudiantes proceden de 788 diócesis o pertenecen a 143 institutos religiosos.

El primer Gran Cancellero quería que la Universidad brindara a sus alumnos una profunda formación científica y espiritual, y que se caracterizara por saber establecer un diálogo sincero con la cultura contemporánea en plena adhesión al magisterio de la Iglesia.



La Asociación Harambee Africa International presentó una exposición en Roma sobre Álvaro del Portillo y África. Posteriormente, pudo verse en muchos otros países.

Una historia en la Historia

I Guerra Mundial

La Primera Guerra Mundial del s. XX...

II República Española

Se funda el 14 de abril de 1931...

Guerra Civil

El 18 de julio de 1936 comienza la Guerra Civil...

II Guerra Mundial

El 7 de septiembre de 1939...

Concilio Vaticano II

El 25 de junio de 1962...

Transición y democracia

El 20 de noviembre de 1975...

Cae el muro de Berlín

El 9 de noviembre de 1989...

647 Aquel suceso me hizo pensar que Dios me había dejado con vida porque tenía algo pensado para mí.

ÁLVARO DEL PORTILLO, LUGO

SGB

Un santo en datos: una exposición para conocer mejor a Álvaro del Portillo. Recorrió varias ciudades de diversos países. Del 11 al 28 de septiembre se pudo visitar en el Centro de Turismo de Plaza Colón (Madrid).



SGB

El 5 de septiembre se celebró en Madrid un karaoke solidario a beneficio de los 4 proyectos que la Asociación Harambee financiará con los donativos de los asistentes a la beatificación.



SGB

Cientos de niños cantaron con el Rey León durante el evento promovido por Harambee en los cines Callao de la capital española.

H A R A M B E E



ALL TOGETHER FOR AFRICA



AFB

La colecta de la beatificación se destinará a proyectos sanitarios y educativos en Congo, Costa de Marfil y Nigeria.



AFB

Operación Kilo. Se recogieron cientos de kilos de alimentos para personas necesitadas.



27
09/2014

Beatificación Álvaro del Portillo

www.alvaro14.org

IMS

Representantes de iniciativas sociales, sanitarias y educativas impulsadas por Álvaro del Portillo se reunieron en Madrid días antes de la beatificación en la jornada "40 iniciativas contra la pobreza".



IMS

En muchos sitios de Madrid se organizaron adoraciones eucarísticas de preparación. Una de ellas tuvo lugar en la iglesia de Santa Isabel, donde san Josemaría celebró la santa Misa centenares de veces.



IMS

Con destino a Valdebebas desde todo el mundo: aeropuerto de Madrid.



IMS

Recién aterrizados en Barajas, desde Guatemala.



PT

Para seguir los pasos de don Álvaro por su ciudad natal, se editó un plano de Madrid.



SGB

Último ensayo de la Orquesta y Coro JMJ.



AFB

Se han reutilizado elementos constructivos de otros eventos. Por ejemplo el altar, el ambón y la sede se usaron en la ceremonia de beatificación de los 522 mártires del siglo XX, celebrada en Tarragona en octubre de 2013.



AFB

Más de 50 emisoras internacionales retransmitieron la ceremonia.



3

DÍAS DE ACCIÓN DE GRACIAS:
MADRID Y ROMA



SGB

28 de septiembre, amanece en Valdebebas.



Misa de acción de gracias: unos llegaron a pie y otros en las lanzaderas que partían de las estaciones de metro más cercanas.



JMS

Procesión de entrada. Las 15.000 flores que adornan las inmediaciones del altar han sido donadas por la Asociación La Veguilla, que da trabajo en sus invernaderos a más de 100 personas con discapacidad.

agnave Christum
volumus!



FSG

El celebrante principal fue monseñor Javier Echevarría, prelado del Opus Dei y sucesor del beato Álvaro.



MCC

La lluvia hizo acto de presencia, pero de modo suave e intermitente.



Mons. Echevarría: “En este día, que el Santo Padre Francisco dedica a la oración por la familia, nos unimos a las súplicas de toda la Iglesia por esa comunión de amor, esa escuela del Evangelio que es la familia”.



SGB

Mons. Echevarría a las familias: “¡Ánimo! ¡No cedáis! Vuestra labor de testimonio y de evangelización es necesaria para el mundo entero”.



SGB

Francisco Ponz conoció al beato Álvaro en 1939: “Cuando acudíamos a él, nos escuchaba como si no tuviera otra cosa que hacer, en actitud amable, acogedora, infundiéndonos confianza, seguridad, paz”.



JMS

En la oración de los fieles se sucedieron peticiones por la Iglesia y por el mundo en numerosos idiomas.



MCC

María Leonor, de Portugal, y Regina, de México, eligieron un buen día para su primera comunión.







MCC

La Madre María de Jesús Velarde, fundadora de las Hijas de Santa María del Corazón de Jesús, saluda a Mons. Javier Echevarría.



MCC

También Miguel Ángel, con síndrome de Down, quiso saludar al prelado al terminar la ceremonia.



Los eventos de los días 27 y 28 no hubieran sido posibles sin la colaboración de numerosos profesionales del servicio y el orden público.



AGC

Roma, 29 de septiembre: traslado de los restos del beato Álvaro desde la cripta de la iglesia de Santa María de la Paz hasta la cercana basílica de San Eugenio.



JMS

En la entrada de la basílica, monseñor Javier Echevarría incienso el féretro que se ha cubierto con un paño rojo y flores.



AFB

Procesión por el pasillo central de la basílica.





IMS

“Pienso que todos hubiéramos querido llevar el féretro para agradecer al beato Álvaro su vida de entrega y servicio a la Iglesia”.



JMS

El prelado del Opus Dei imparte la bendición con una reliquia del nuevo beato.



JMS

Terminada la ceremonia, el féretro se colocó en una urna al pie del presbiterio.



IMS

Un flujo ordenado de personas se mantuvo durante cuatro días en la basílica de San Eugenio, para poder estar y rezar cerca del cuerpo del beato Álvaro.



JMS

30 de septiembre, por la mañana. Cerca de 7.500 personas participaron en la Misa de acción de gracias celebrada en la basílica de San Juan de Letrán.



FCS

Cardenal Agostino Vallini, vicario del Santo Padre para la diócesis de Roma: “El beato Álvaro del Portillo vivió con la certeza de que Dios no nos abandona y que busca siempre a sus hijos, especialmente a aquellos que se han perdido”.



IMS

El 30 de septiembre por la tarde, cerca de 2.500 personas participaron en otra Misa de acción de gracias en la basílica de Santa María la Mayor.



FCS

Cardenal Santos Abril: "El nuevo beato supo encarnar la bondad de Dios".



IMS

El prelado del Opus Dei, monseñor Javier Echevarría, durante una de las Misas de acción de gracias.



IMS

Muchos aprovecharon para hacerse una foto junto a la imagen del beato Álvaro.



FCS

1 de octubre: esperando al Papa Francisco en la Plaza de San Pedro.



JMS

Los asistentes palparon la simpatía y el cariño del Papa Francisco.



FCS

El Papa Francisco animó a acudir al nuevo beato, “para que su intercesión y su ejemplo os ayuden a responder con generosidad al llamado de Dios a la santidad y al apostolado”.



JMS

El Papa Francisco saluda a monseñor Javier Echevarría.



JMS

José Ignacio Ureta, curado milagrosamente por intercesión del beato Álvaro, también tuvo ocasión de saludar al Papa Francisco junto a su familia y de entregarle una lista de peticiones de oración de sus amigos y parientes.



AFB

El guardia suizo quiere saber más sobre el beato Álvaro.



FCS

Jóvenes australianas al finalizar la audiencia.



FCS

A lo largo de estos días también hubo ocasión de rezar ante san Josemaría en la iglesia prelatia de Santa María de la Paz.



JMS

Durante la mañana del 2 de octubre, miles de personas quisieron despedirse del beato Álvaro en la basílica de San Eugenio antes de volver a sus países de origen.



JMS

Ahí estuvo también José Ignacio.



AFB

2 de octubre por la tarde. Traslado desde la basílica de San Eugenio hacia la cripta de la iglesia de Santa María de la Paz.



Poco después de las seis de la tarde el féretro emprende su camino por Viale Bruno Buozzi, donde se encuentra Santa María de la Paz.



AGC

Algunos fieles acompañaron de cerca el traslado del féretro.



AFB

En la iglesia prelatia, antes de comenzar la última ceremonia.



AFB

Entrada del féretro en Santa María de la Paz.



FCS

El prelado del Opus Dei incienza los restos del nuevo beato. A continuación, desde el ambón, dirigió unas palabras a los presentes.



AFB

Mons. Echevarría: "¡Gracias queridísimo Álvaro! ¡Gracias queridísimo beato!"



FCS

El féretro del beato Álvaro delante de la urna de san Josemaría.



AFB

Bendición con la reliquia.



AFB

Ocho sacerdotes tomaron el féretro y lo trasladaron a la cripta de Santa María de la Paz.



AFB

Los fieles que se habían congregado en la basílica de San Eugenio pudieron seguir lo sucedido en Santa María de la Paz a través de pantallas gigantes.



AFB

El cuerpo del beato Álvaro reposa de nuevo en la cripta de la iglesia de Santa María de la Paz.



4

DISCURSOS Y HOMILÍAS

Índice

CARTA DEL PAPA FRANCISCO A MONS. JAVIER ECHEVARRÍA, PRELADO DEL OPUS DEI, CON MOTIVO DE LA BEATIFICACIÓN DE ÁLVARO DEL PORTILLO

Querido hermano:

La beatificación del siervo de Dios Álvaro del Portillo, colaborador fiel y primer sucesor de san Josemaría Escrivá al frente del Opus Dei, representa un momento de especial alegría para todos los fieles de esa prelatura, así como también para ti, que durante tanto tiempo fuiste testigo de su amor a Dios y a los demás, de su fidelidad a la Iglesia y a su vocación. También yo deseo unirme a vuestra alegría y dar gracias a Dios que embellece el rostro de la Iglesia con la santidad de sus hijos.

Su beatificación tendrá lugar en Madrid, la ciudad en la que nació y en la que transcurrió su infancia y juventud, con una existencia forjada en la sencillez de la vida familiar, en la

amistad y el servicio a los demás, como cuando iba a los barrios para ayudar en la formación humana y cristiana de tantas personas necesitadas. Y allí tuvo lugar sobre todo el acontecimiento que selló definitivamente el rumbo de su vida: el encuentro con san Josemaría Escrivá, de quien aprendió a enamorarse cada día más de Cristo. Sí, enamorarse de Cristo. Este es el camino de santidad que ha de recorrer todo cristiano: dejarse amar por el Señor, abrir el corazón a su amor y permitir que sea él el que guíe nuestra vida.

Me gusta recordar la jaculatoria que el siervo de Dios solía repetir con frecuencia, especialmente en las celebraciones y aniversarios personales: «¡gracias, perdón, ayúdame más!». Son palabras que nos acercan a la realidad de su vida interior y su trato con el Señor, y que pueden ayudarnos también a nosotros a dar un nuevo impulso a nuestra propia vida cristiana.

En primer lugar, *gracias*. Es la reacción inmediata y espontánea que siente el alma frente a la bondad de Dios. No puede ser de otra manera. Él siempre nos precede. Por mucho

que nos esforcemos, su amor siempre llega antes, nos toca y acaricia primero, nos *primerea*. Álvaro del Portillo era consciente de los muchos dones que Dios le había concedido, y daba gracias a Dios por esa manifestación de amor paterno. Pero no se quedó ahí; el reconocimiento del amor del Señor despertó en su corazón deseos de seguirlo con mayor entrega y generosidad, y a vivir una vida de humilde servicio a los demás. Especialmente destacado era su amor a la Iglesia, esposa de Cristo, a la que sirvió con un corazón despojado de interés mundano, lejos de la discordia, acogedor con todos y buscando siempre lo positivo en los demás, lo que une, lo que construye. Nunca una queja o crítica, ni siquiera en momentos especialmente difíciles, sino que, como había aprendido de san Josemaría, respondía siempre con la oración, el perdón, la comprensión, la caridad sincera.

Perdón. A menudo confesaba que se veía delante de Dios con las manos vacías, incapaz de responder a tanta generosidad. Pero la confesión de la pobreza humana no es fruto de la desesperanza, sino de un confiado abandono en Dios que es Padre. Es abrirse a su misericordia, a su amor capaz

de regenerar nuestra vida. Un amor que no humilla, ni hunde en el abismo de la culpa, sino que nos abraza, nos levanta de nuestra postración y nos hace caminar con más determinación y alegría. El siervo de Dios Álvaro sabía de la necesidad que tenemos de la misericordia divina y dedicó muchas energías personales para animar a las personas que trataba a acercarse al sacramento de la confesión, sacramento de la alegría. Qué importante es sentir la ternura del amor de Dios y descubrir que aún hay tiempo para amar.

Ayúdame más. Sí, el Señor no nos abandona nunca, siempre está a nuestro lado, camina con nosotros y cada día espera de nosotros un nuevo amor. Su gracia no nos faltará, y con su ayuda podemos llevar su nombre a todo el mundo. En el corazón del nuevo beato latía el afán de llevar la Buena Nueva a todos los corazones. Así recorrió muchos países fomentando proyectos de evangelización, sin reparar en dificultades, movido por su amor a Dios y a los hermanos. Quien está muy metido en Dios sabe estar muy cerca de los hombres. La primera condición para anunciarles a Cristo

es amarlos, porque Cristo ya los ama antes. Hay que salir de nuestros egoísmos y comodidades e ir al encuentro de nuestros hermanos. Allí nos espera el Señor. No podemos quedarnos con la fe para nosotros mismos, es un don que hemos recibido para donarlo y compartirlo con los demás.

¡Gracias, perdón, ayúdame! En estas palabras se expresa la tensión de una existencia centrada en Dios. De alguien que ha sido tocado por el Amor más grande y vive totalmente de ese amor. De alguien que, aun experimentando sus flaquezas y límites humanos, confía en la misericordia del Señor y quiere que todos los hombres, sus hermanos, la experimenten también.

Querido hermano, el beato Álvaro del Portillo nos envía un mensaje muy claro, nos dice que nos fiemos del Señor, que él es nuestro hermano, nuestro amigo que nunca nos defrauda y que siempre está a nuestro lado. Nos anima a no tener miedo de ir a contracorriente y de sufrir por anunciar el Evangelio. Nos enseña además que en la sencillez y cotidianidad de nuestra vida podemos encontrar un camino seguro de santidad.

Pido, por favor, a todos los fieles de la prelatura, sacerdotes y laicos, así como a todos los que participan en sus actividades, que recen por mí, a la vez que les imparto la Bendición Apostólica.

Que Jesús los bendiga y que la Virgen Santa los cuide.

Fraternalmente,

Franciscus

**HOMILÍA DEL CARDENAL ANGELO AMATO
EN LA CEREMONIA DE BEATIFICACIÓN
Madrid, 27 de septiembre de 2014**

1. «Pastor según el corazón de Cristo, celoso ministro de la Iglesia»¹. Este es el retrato que el Papa Francisco ofrece del beato Álvaro del Portillo, pastor bueno, que, como Jesús, conoce y ama a sus ovejas, conduce al redil las que se han perdido, vendar las heridas de las enfermas y ofrece la vida por ellas².

El nuevo beato fue llamado desde joven a seguir a Cristo, para ser después un diligente ministro de la Iglesia y proclamar en todo el mundo la gloriosa riqueza de su misterio salvífico: «Nosotros anunciamos a ese Cristo; amonestamos a todos, enseñamos a todos, con todos los recursos de la sabiduría, para presentarlos a todos perfectos en Cristo. Por este motivo luché denodadamente con su fuerza, que actúa poderosamente en mí»³. Y este anuncio de Cristo Salvador lo realizó con absoluta fidelidad a la cruz y, al mismo tiempo, con una ejemplar alegría evangélica en las dificultades. Por

eso, la liturgia le aplica hoy las palabras del Apóstol: «Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia»⁴.

La serena felicidad ante el dolor y el sufrimiento, es una característica de los santos. Por lo demás, las bienaventuranzas —también aquellas más arduas como las persecuciones— no son sino un himno a la alegría.

2. Son muchas las virtudes —como la fe, la esperanza y la caridad— que el beato Álvaro vivió de modo heroico. Practicó estos hábitos virtuosos a la luz de las bienaventuranzas de la mansedumbre, de la misericordia, de la pureza de corazón. Los testimonios son unánimes. Además de destacar por la total sintonía espiritual y apostólica con el santo fundador, se distinguió también como una figura de gran humanidad. Los testigos afirman que, desde niño, Álvaro era un «un chico de carácter muy alegre y muy estudioso, que nunca dio problemas»; «era cariñoso, sencillo, alegre, responsable, bueno...»⁵.

Heredó de su madre, doña Clementina, una serenidad proverbial, la delicadeza, la sonrisa, la comprensión, el hablar bien de los demás y la ponderación al juzgar. Era un auténtico caballero. No era locuaz. Su formación como ingeniero le confirió rigor mental, concisión y precisión para ir en seguida al núcleo de los problemas y resolverlos. Inspiraba respeto y admiración.

3. Su delicadeza en el trato iba unida a una riqueza espiritual excepcional, en la que destacaba la gracia de la unidad entre vida interior y afán apostólico infatigable. El escritor Salvador Bernal afirma que transformó en poesía la prosa humilde del trabajo diario.

Era un ejemplo vivo de fidelidad al Evangelio, a la Iglesia, al magisterio del Papa. Siempre que acudía a la basílica de San Pedro en Roma, solía recitar el Credo ante la tumba del Apóstol y una Salve ante la imagen de Santa María, *Mater Ecclesiae*. Huía de todo personalismo, porque transmitía la verdad del Evangelio y la integridad de la tradición, no sus propias opiniones. La piedad eucarística, la devoción mariana y la veneración por los santos nutrían su vida espiritual.

Mantén viva la presencia de Dios con frecuentes jaculatorias y oraciones vocales. Entre las más habituales estaban: *Cor Iesu Sacratissimum et Misericors, dona nobis pacem!*, y *Cor Mariae Dulcissimum, iter para tutum*; así como la invocación mariana: *Santa María, Esperanza nuestra, Esclava del Señor, Asiento de la Sabiduría*.

4. Un momento decisivo de su vida fue la llamada al Opus Dei. A los 21 años, en 1935, después de encontrar a san Josemaría Escrivá de Balaguer —que entonces era un joven sacerdote de 33 años—, respondió generosamente a la llamada del Señor a la santidad y al apostolado.

Tenía un profundo sentido de comunión filial, afectiva y efectiva con el Santo Padre. Acogía su magisterio con gratitud y lo daba a conocer a todos los fieles del Opus Dei. En los últimos años de su vida, besaba a menudo el anillo de prelado que le había regalado el Papa para reafirmarse en su plena adhesión a los deseos del Romano Pontífice. En particular, secundaba sus peticiones de oración y ayuno por la paz, por la unidad de los cristianos, por la evangelización de Europa.

Destacaba por la prudencia y rectitud al valorar los sucesos y las personas; la justicia para respetar el honor y la libertad de los demás; la fortaleza para resistir las contrariedades físicas o morales; la templanza, vivida como sobriedad, mortificación interior y exterior. El beato Álvaro transmitía el buen olor de Cristo —*bonus odor Christi*⁶—, que es el aroma de la auténtica santidad.

5. Sin embargo, hay una virtud que monseñor Álvaro del Portillo vivió de modo especialmente extraordinario, considerándola un instrumento indispensable para la santidad y el apostolado: la virtud de la humildad, que es imitación e identificación con Cristo, *manso y humilde de corazón*⁷. Amaba la vida oculta de Jesús y no despreciaba los gestos sencillos de devoción popular, como, por ejemplo, subir de rodillas la *Scala Santa* en Roma. A un fiel de la prelatura, que había visitado ese mismo lugar pero que había subido a pie la *Scala Santa*, porque —así se lo comentó— se consideraba un cristiano maduro y bien formado, el beato Álvaro le respondió con una sonrisa, y añadió que él la había subido de rodillas, a pesar de que el ambiente estaba algo cargado

por la multitud de personas y la escasa ventilación⁸. Fue una gran lección de sencillez y de piedad.

Monseñor del Portillo estaba, de hecho, beneficiosamente “contagiado” por el comportamiento de Nuestro Señor Jesucristo, que no vino *a ser servido, sino a servir*⁹. Por eso, rezaba y meditaba con frecuencia el himno eucarístico *Adoro Te devote, latens deitas*. Del mismo modo, consideraba la vida de María, la humilde esclava del Señor. A veces recordaba una frase de Cervantes, de las *Novelas ejemplares*: «sin humildad, no hay virtud que lo sea»¹⁰. Y a menudo recitaba una jaculatoria frecuente entre los fieles de la Obra: «*Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias*»¹¹; no despreciarás, oh Dios, un corazón contrito y humillado.

Para él, como para san Agustín, la humildad era *el hogar de la caridad*¹². Repetía un consejo que solía dar el Fundador del Opus Dei, citando unas palabras de san José de Calasanz: «Si quieres ser santo, sé humilde; si quieres ser más santo, sé más humilde; si quieres ser muy santo, sé muy humilde»¹³. Tampoco olvidaba que un burro fue el trono de Jesús en la entrada

a Jerusalén. Incluso sus compañeros de estudios, además de destacar su extraordinaria inteligencia, subrayan su sencillez, la inocencia serena de quien no se considera mejor que los demás. Pensaba que su peor enemigo era la soberbia. Un testigo asegura que era “la humildad en persona”¹⁴.

Su humildad no era áspera, llamativa, exasperada; sino cariñosa, alegre. Su alegría derivaba de la convicción de su escuela valía personal. A principios de 1994, el último año de su vida en la tierra, en una reunión con sus hijas, dijo: «os lo digo a vosotras, y me lo digo a mí mismo. Tenemos que luchar toda la vida para llegar a ser humildes. Tenemos la escuela maravillosa de humildad del Señor, de la Santísima Virgen y de san José. Vamos a aprender. Vamos a luchar contra el propio yo que está constantemente alzándose como una víbora, para morder. Pero estamos seguros si estamos cerca de Jesús, que es del linaje de María, y es el que aplastará la cabeza de la serpiente»¹⁵.

Para don Álvaro, la humildad era «la llave que abre la puerta para entrar en la casa de la santidad», mientras que la

soberbia constituía el mayor obstáculo para ver y amar a Dios. Decía: «la humildad nos arranca la careta de cartón, ridícula, que llevan las personas presuntuosas, pagadas de sí mismas»¹⁶. La humildad es el reconocimiento de nuestras limitaciones, pero también de nuestra dignidad de hijos de Dios. El mejor elogio de su humildad lo expresó una mujer del Opus Dei, después del fallecimiento del fundador: «el que ha muerto ha sido don Álvaro, porque nuestro Padre sigue vivo en su sucesor»¹⁷.

Un cardenal atestigua que cuando leyó sobre la humildad en la *Regla* de san Benito o en los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio de Loyola, le parecía contemplar un ideal altísimo, pero inalcanzable para el ser humano. Pero cuando conoció y trató al beato Álvaro entendió que era posible vivir la humildad de modo total.

6. Se pueden aplicar al beato las palabras que el cardenal Ratzinger pronunció en 2002, con ocasión de la canonización del fundador del Opus Dei. Hablando de la virtud heroica, el entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de

la Fe dijo: «Virtud heroica no significa exactamente que uno ha llevado a cabo grandes cosas por sí mismo, sino que en su vida aparecen realidades que no ha hecho él, porque él se ha mostrado transparente y disponible para que Dios actuara [...]. Esto es la santidad»¹⁸.

Este es el mensaje que nos entrega hoy el beato Álvaro del Portillo, «pastor según el corazón de Jesús, celoso ministro de la Iglesia»¹⁹. Nos invita a ser santos como él, viviendo una santidad amable, misericordiosa, afable, mansa y humilde.

La Iglesia y el mundo necesitan del gran espectáculo de la santidad, para purificar, con su aroma agradable, los miasmas de los muchos vicios alardeados con arrogante insistencia.

Ahora más que nunca necesitamos una ecología de la santidad, para contrarrestar la contaminación de la inmoralidad y de la corrupción. Los santos nos invitan a introducir en el seno de la Iglesia y de la sociedad el aire puro de la gracia de Dios, que renueva la faz de la tierra.

Que María auxiliadora de los cristianos y madre de los santos, nos ayude y nos proteja.

Beato Álvaro del Portillo, ruega por nosotros. Amén.

¹FRANCISCO, Breve Apostólico de beatificación del venerable siervo de Dios Álvaro del Portillo, obispo, prelado del Opus Dei, 27-IX-2014.

²Cfr. Ez 34, 11-16; Jn 10,11-16.

³Col 1, 28-29.

⁴Ibid., 24.

⁵Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis, 2010, vol. I, p. 27.

⁶2 Cor 2,15.

⁷Mt 11, 29.

⁸Cfr. Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis, 2010, vol. I, p. 662.

⁹Mt 20, 28; Mc 10, 45.

¹⁰Miguel de Cervantes, Novelas ejemplares: “El coloquio de los perros”. Cfr. Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis, 2010, vol. I, p. 663.

¹¹Sal 51 [50], 19.

¹²SAN AGUSTÍN, De sancta virginitate, 51.

¹³SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, palabras recogidas en A. VÁZQUEZ DE PRADA, El Fundador del Opus Dei, vol. I, Rialp, Madrid 1997, p. 18.

¹⁴Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis, 2010, vol. I, p. 668.

¹⁵Ibid., p. 675.

¹⁶Ibid.

¹⁷Ibid., p. 705.

¹⁸Ibid., p. 908.

¹⁹FRANCISCO, Breve Apostólico de beatificación del venerable siervo de Dios Álvaro del Portillo, obispo, prelado del Opus Dei, 27-IX-2014.

***Nota: en las citas de los textos litúrgicos se ha seguido la traducción oficial de la Conferencia Episcopal Española.**

**PALABRAS DE AGRADECIMIENTO DE MONSEÑOR
JAVIER ECHEVARRÍA AL FINALIZAR
LA CEREMONIA DE LA BEATIFICACIÓN
Madrid, 27 de septiembre de 2014**

Al finalizar esta solemne celebración, deseo manifestar mi más hondo agradecimiento a la Santísima Trinidad por el don que hoy ha hecho a toda la Iglesia. La elevación a los altares de don Álvaro del Portillo, sucesor de san Josemaría Escrivá de Balaguer, nos recuerda de nuevo la llamada universal a la santidad, proclamada con gran fuerza por el Concilio Vaticano II. La trayectoria terrena del beato Álvaro nos muestra que el cumplimiento cabal de los propios deberes marca el camino de la santificación personal, la senda que conduce a la plena unión con Dios, a la que todos debemos aspirar.

Doy gracias también a la Santísima Virgen, de cuya mediación materna nos llegan todos los dones del Cielo. Ruego a la Madre de Dios y Madre nuestra que siga intercediendo por todos, por cada una y por cada uno, para que recorramos

hasta el final nuestra senda de santificación. Le suplicamos de modo particular por las hermanas y los hermanos nuestros que, en diversas partes del mundo, sufren persecución e incluso martirio a causa de la fe.

Mi gratitud se dirige también al Santo Padre Francisco por su paternal mensaje, por su cercanía y por sus claros consejos para la lucha espiritual de los cristianos. Con honda gratitud me dirijo al cardenal Angelo Amato, prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos, que, en nombre del Papa, con tanta dignidad y afecto ha procedido a la beatificación. Pido a todos que este agradecimiento se manifieste en una oración diaria, constante, esforzada, por la persona y las intenciones del Romano Pontífice, por los obispos y sacerdotes. Tengamos muy presente la inminente asamblea del sínodo de los obispos. Supliquemos al Espíritu Santo que ilumine a los padres sinodales en sus reflexiones, para el bien de la Iglesia y de las almas.

Me considero deudor de especial agradecimiento a Benedicto XVI, que abrió el camino de esta beatificación con el reco-

nocimiento de las virtudes heroicas de don Álvaro; también al cardenal Antonio María Rouco, arzobispo de Madrid, que con tanto interés ha seguido el iter de la causa a lo largo de estos años. Agradezco, en fin, la presencia de tantos cardenales, obispos y sacerdotes. Para todos, la beatificación de don Álvaro del Portillo tiene un significado especial por la fidelidad con que vivió su servicio directo de la Iglesia, a lo largo de muchos años. No olvido, además, que es uno de los colaboradores del Papa en la Curia Romana que, habiendo participado activamente en el Concilio Vaticano II, ha sido declarado beato.

Imagino la alegría —parte de la gloria accidental— que tendrán en el cielo los santos Pontífices Juan XXIII y Juan Pablo II, y el próximo beato Pablo VI, a quienes don Álvaro sirvió con fidelidad plena y trató con afecto filial. Y me agrada muy de veras pensar especialmente en el gozo de san Josemaría Escrivá de Balaguer, al ver que este hijo suyo fidelísimo ha sido propuesto como intercesor y ejemplo a todos los fieles. Doy las más expresivas gracias a los componentes del coro y de la orquesta, que nos han ayudado a vivir más a fon-

do la sagrada liturgia, y a todos los presentes: con vuestras respuestas y vuestros cantos habéis entonado una magnífica sinfonía dirigida al cielo.

Nunca acabaría de manifestar mi gratitud a quienes han dedicado horas y horas de trabajo alegre para preparar la celebración. Un agradecimiento particular para los profesionales de los medios de comunicación, que han hecho posible que tantas personas en todo el mundo hayan podido participar desde sus países en esta ceremonia.

Gracias también muy especialmente a los que han preparado —con su oración y su sacrificio— los abundantes frutos espirituales de estos días. Concretamente a los enfermos y a quienes, por diversos motivos, no han podido acompañarnos físicamente. Sin embargo, espiritualmente, han estado muy unidos a nosotros, con el ofrecimiento de sus enfermedades o de sus ocupaciones. A todos, ¡muchas gracias! Y que el ejemplo y la intercesión del nuevo beato nos impulsen a recorrer sin tregua, llenos de la alegría cristiana, la senda de la santidad.

**PALABRAS DEL CARDENAL ANTONIO MARÍA
ROUCO AL FINALIZAR LA CEREMONIA
DE LA BEATIFICACIÓN**

Madrid, 27 de septiembre de 2014

Al concluir esta solemne ceremonia de beatificación, doy gracias a Dios por cuantas maravillas ha hecho en la persona del beato Álvaro del Portillo y, a través de su fidelidad, en la de tantos hombres y mujeres de todo el mundo.

Mi gratitud se dirige también al Santo Padre Francisco, que quiso que la beatificación se celebrara en esta querida archidiócesis de Madrid, pues me atrevería a decir que el beato del Portillo, nacido aquí, es particularmente nuestro, y que nos bendice especialmente desde el cielo: y porque tenía esas raíces profundas, pudo y supo ser ciudadano del mundo, de esos cinco continentes a donde viajó; maravillosamente representados en esta asamblea orante.

En esta ciudad el nuevo beato recibió el Bautismo y la Confirmación, e hizo la Primera Comunión, y, gracias también a la

educación recibida en su familia y en el colegio, creció desde joven en su amor a Jesucristo. Cursó en Madrid la carrera de ingeniero de caminos, siendo a la vez evangelizador de los más pobres en las chabolas de aquella ciudad capital de España en un proceso de expansión urbana y demográfica incesante en el que se reflejaban los graves problemas sociales, humanos y religiosos de una época —la primera mitad del siglo XX— de la historia española y europea, especialmente dramática.

Siempre en Madrid, en plena juventud, y tras conocer a san Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, el beato Álvaro secundó con prontitud la llamada que Dios le dirigía a buscar la santidad en medio del mundo a través de la santificación del trabajo profesional y la dedicación al apostolado.

También en nuestra ciudad, y en los convulsos años de la Guerra Civil, tuvo ocasión de dar testimonio de su amor y fidelidad a Cristo, tanto en una difícil y arriesgada labor de catequesis como en los meses que pasó encarcelado. En 1944, el beato Álvaro del Portillo recibió la ordenación presbiteral de manos de mi predecesor, monseñor Leopoldo Eijo y Garay.

La iglesia particular de Madrid es sensible a las necesidades de la Iglesia universal. Aunque el beato Álvaro marchara a Roma en 1946, no por esto dejamos de considerarlo madrileño. Como iglesia diocesana nos enorgullecemos de su fiel ayuda a san Josemaría en la difusión del mensaje del Opus Dei por todo el mundo y de su contribución al Concilio Vaticano II.

También de su ejemplar talento en suceder con humildad y fidelidad al Fundador, y de su ejercicio del ministerio episcopal en unión con el sucesor de Pedro y con el colegio episcopal.

Esta ceremonia en la que se han reunido personas del mundo entero, me trae el recuerdo de otra celebración festiva y universal de la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid que supuso una lluvia de gracias para todos y de modo particular para nuestra ciudad. En aquellos días de agosto de 2012, presididos por el Papa Benedicto XVI, estaríais muchos de los presentes, acompañados también por el coro que hoy ha actuado.

La huella del nuevo beato está muy presente en Madrid. No solo ni principalmente por razones históricas. Lo está también por la influencia que su vida y escritos obran en los corazones de tantos fieles de esta archidiócesis. Y por el bien espiritual y social que hacen tantas iniciativas que a él deben su primera inspiración. ¡Que la intercesión del beato Álvaro del Portillo siga protegiéndolas!

Quiero recordar que, en el trato personal que tuve con el beato Álvaro, por ejemplo con ocasión del sínodo de obispos de 1990, percibí cuánto destacaban su bondad, su serenidad y su buen humor. “En la Comunión de la Iglesia”: sí, el beato Álvaro me recuerda mi lema episcopal, “In Ecclesiae Communionē”. Amaba a la Iglesia y por esto era hombre de comunión, de unión, de amor.

Pido a la Santísima Virgen de la Almudena que también nosotros, como fieles anunciadores del Evangelio, sepamos corresponder a la llamada del Señor para servir a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

**HOMILÍA DE MONSEÑOR JAVIER ECHEVARRÍA
EN LA SANTA MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS
POR LA BEATIFICACIÓN DE ÁLVARO DEL PORTILLO
Madrid, 28 de septiembre de 2014**

“Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado”: *“ut diligatis invicem, sicut dilexi vos”* (Jn 15, 12).

Queridos hermanos y hermanas, estas palabras del Evangelio resuenan hoy en mi alma con una alegría nueva, al considerar que la muchedumbre presente ayer en este lugar, muy en comunión con el Papa Francisco y con todos los que nos acompañaban desde los cuatro puntos cardinales, no era propiamente una muchedumbre sino una reunión familiar, unida por el amor a Dios y el amor mutuo. Este mismo amor también se hace más fuerte hoy en la Eucaristía, en esta Misa de acción de gracias por la beatificación del queridísimo don Álvaro, obispo, prelado del Opus Dei.

1. El Señor, al instituir la Eucaristía, dio gracias a Dios Padre por su bondad eterna, por la creación salida de sus manos,

por su misterioso designo de salvación. Agradecemos ese amor infinito manifestado en la cruz y anticipado en el cenáculo. Y le preguntamos al Señor: ¿cómo hemos de proceder para amar como tú nos has amado?; para amar como amaste a Pedro y a Juan, a cada uno de nosotros, y también a san Josemaría y al beato Álvaro.

Mirando la vida santa de don Álvaro, descubrimos la mano de Dios, la gracia del Espíritu Santo, el don de un amor que nos transforma. E incorporamos a nuestra alma esa oración de san Josemaría que tantas veces ha repetido el nuevo beato: “Dame, Señor, el Amor con que quieres que te ame”¹, y así sabré amar a los demás con tu Amor, y con mi pobre esfuerzo. Los demás descubrirán en mi vivir la bondad de Dios, como ocurrió en el caminar diario de don Álvaro: ya en este Madrid tan querido, transparentaba la misericordia divina con su solidaridad con los más pobres y abandonados. Nos llena de gozo que en la segunda lectura, se nos recuerde la presencia de Cristo en nosotros que nos reviste “de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia” (Col 3, 12).

Queridos hermanos y hermanas, demos gracias a Dios pidiéndole más amor. En la madurez de la juventud, cuando tenía 25 años, don Álvaro era “*saxum*”, roca, para san Josemaría. Desde su humildad, contestó un día por carta al fundador del Opus Dei con estas palabras: “Yo aspiro a que, a pesar de todo, pueda Ud. tener confianza en el que, más que roca, es barro sin consistencia alguna. Pero ¡es tan bueno el Señor!”². Esa seguridad en la bondad divina puede empapar toda nuestra existencia. “Daré gracias a tu nombre, por tu misericordia y tu lealtad”, hemos rezado en el salmo responsorial (*Sal* 138 [137], 2). Y se alza nuestra gratitud a la Trinidad Santísima porque permanece con nosotros, con su Palabra, Jesucristo mismo (cf. *Col* 3, 16) y con su Espíritu, que nos llena de alegría (cf. *Jn* 15, 11; *Lc* 11, 13) y hace posible que nos dirijamos a Dios llamándole, llenos de confianza, “*Abba, Pater*”: “¡Padre!, ¡papá!”.

2. “La *trinidad* de la tierra nos llevará a la Trinidad del Cielo”³, repetía don Álvaro según la enseñanza y la experiencia del fundador del Opus Dei. Jesús, María y José nos conducen al Padre y al Espíritu Santo; en la humanidad santa de Jesús descubrimos, inseparablemente unida, la divinidad⁴.

¡La Sagrada Familia! Con palabras de la primera lectura, bendecimos al Señor “que enaltece nuestra vida desde el seno materno y nos trata según su misericordia” (*Ecl* 50, 22). El texto sagrado nos menciona que ya antes de nacer nos amaba Dios. Viene a mi memoria aquel poema que Virgilio dirige a un niño recién nacido: “*Incipe, parve puer, risu cognoscere matrem*”⁵: “Pequeño niño, comienza a reconocer a tu madre por su sonrisa”. El niño que nace va descubriendo el universo; en el rostro de su madre, lleno de amor: en esa sonrisa que le acoge, el nuevo ser apenas venido al mundo descubre un reflejo de la bondad de Dios.

En este día que el Santo Padre Francisco dedica a la oración por la familia, nos unimos a las súplicas de toda la Iglesia por esa “*communio dilectionis*”, esa “comunidad de amor”⁶, esa “escuela”⁷ del Evangelio que es la familia, como decía Pablo VI en Nazaret. La familia, con el “dinamismo interior y profundo del amor”⁸, tiene una gran “fecundidad espiritual”⁹, como enseñó san Juan Pablo II, a quien el beato Álvaro estuvo unido por una filial amistad.

Al dar gracias a don Álvaro, damos gracias a sus padres que le han acogido y educado, que han preparado en él un corazón sencillo y generoso para recibir el amor de Dios, y responder a su llamada. “Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado” (*Jn* 15, 12); así fue don Álvaro: un hombre cuya sonrisa bendecía a Dios, que “hace cosas grandes” (*Ecl* 50, 22), y que contó con él para servir a la Iglesia extendiendo el Opus Dei, como fiel hijo y sucesor de san Josemaría.

Rezamos para que haya muchas familias que sean “hogares (...) luminosos y alegres, como fue el de la Sagrada Familia”¹⁰, en palabras de san Josemaría. Nuestra gratitud a Dios se alza por el don de la familia, reflejo del eterno amor trinitario, lugar donde cada uno se sabe amado por sí mismo, tal como es. Ahora, damos gracias también a todos los padres y madres de familia que están aquí reunidos, y a todos los que se ocupan de los niños, de los ancianos, de los enfermos. Familias: el Señor os ama, el Señor se halla presente en vuestro matrimonio, imagen del amor de Cristo por su Iglesia. Sé que muchos de vosotros os dedicáis generosamente a apoyar a otros matri-

monios en su camino de fidelidad, a ayudar a muchos otros hogares a ir adelante en un contexto social muchas veces difícil y hasta hostil. ¡Ánimo! Vuestra labor de testimonio y de evangelización es necesario para el mundo entero. Acordaos de que, como dijo el querido Benedicto XVI, “la fidelidad a lo largo del tiempo es el nombre del amor”¹¹.

3. “Sed agradecidos”, nos exhorta san Pablo (*Col* 3, 15). El beato Álvaro, pensando en lo que debía a san Josemaría, afirmaba que “la mejor muestra de agradecimiento consiste en hacer buen uso de los dones recibidos”¹². En su predicación, en tertulias, en encuentros personales, en todas partes, nunca dejaba de hablar de apostolado y de evangelización. Para permanecer en ese amor de Dios que hemos recibido, debemos compartirlo con los demás; la bondad de Dios tiende a difundirse. El Papa Francisco decía que “en la oración, el Señor nos hace sentir este amor, pero también a través de numerosos signos que podemos leer en nuestra vida, a través de numerosas personas que pone en nuestro camino. Y la alegría del encuentro con él y de su llamada lleva a no cerrarse, sino a abrirse; lleva al servicio en la Iglesia”¹³.

“No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido” (Jn 15, 16). Después de haber insistido el Señor en que la iniciativa es siempre suya, en la primacía de su amor, nos envía a difundir su Amor a todas las criaturas: “Os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca” (*ibídem*). “*Manete in dilectione mea*”: “*permaneced en mi amor*” (Jn 15, 9). Permanecer en el Señor es necesario para dar un fruto que a su vez eche raíces profundas. Jesús lo acaba de decir a sus discípulos: “Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí” (Jn 15, 4).

La muchedumbre de estos días, los millones de personas en el mundo, y tantas que ya nos esperan en el cielo, dan también testimonio de la fecundidad de la vida de don Álvaro. Os invito, hermanas y hermanos, a estar, a desenvolveros en el amor del Señor: en la oración, en la Misa y la comunión frecuente, en la confesión sacramental, para que, con esa fuerza de la predilección divina, sepamos transmitir lo que hemos recibido, y llevarlo a cabo mediante un auténtico apostolado de amistad y confianza.

En la carta que me escribió el querido Papa Francisco con ocasión de la beatificación de ayer, nos decía que “no podemos quedarnos con la fe para nosotros mismos, es un don que hemos recibido para donarlo y compartirlo con los demás”¹³; y añadía que el beato Álvaro “nos anima a no tener miedo de ir a contracorriente y de sufrir para anunciar el Evangelio”, y también que “nos enseña además que en la sencillez y cotidianidad de nuestra vida podemos encontrar un camino seguro de santidad”¹⁴.

En este camino, con muchos ángeles, nos acompaña la Santísima Virgen. María es hija de Dios Padre, madre de Dios Hijo, esposa y templo de Dios Espíritu Santo. Es madre de Dios y madre nuestra, la reina de la familia, la reina de los apóstoles. Que ella nos ayude, como lo hizo con el beato Álvaro, a seguir la invitación del sucesor de Pedro: “Dejarse amar por el Señor, abrir el corazón a su amor y permitir que sea él que guíe nuestra vida”¹⁵, como tantas veces san José pidió a la Virgen de la Almudena muy querida y venerada en esta archidiócesis. Así sea.

¹SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Forja, n. 270.

²BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, Carta a san Josemaría, Olot, 13 de julio de 1939.

³BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, Carta pastoral, 30 de septiembre de 1975.

⁴Cf. BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, Carta pastoral con ocasión de las Bodas de Oro de la fundación del Opus Dei, 24 de septiembre de 1978.

⁵VIRGILIO, *Égloga* IV, 60.

⁶VENERABLE PABLO VI, Alocución en Nazaret, 5 de enero de 1964.

⁷Ibidem.

⁸SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal Familiaris consortio, n. 41.

⁹Ibidem.

¹⁰SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, n. 22.

¹¹BENEDICTO XVI, Homilía en Fátima, 12 de mayo de 2010.

¹²BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, Carta pastoral, 1 de julio de 1985.

¹³FRANCISCO, Discurso, Sala Pablo VI, 6 de julio de 2013.

¹⁴FRANCISCO, Carta a Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, con ocasión de la beatificación de Álvaro del Portillo celebrada en Madrid el 27 de septiembre de 2014.

¹⁵Ibidem.

**PALABRAS DE MONSEÑOR JAVIER ECHEVARRÍA
EN LA BASÍLICA DE SAN EUGENIO CON MOTIVO
DEL TRASLADO DEL CUERPO DEL BEATO ÁLVARO
DEL PORTILLO PARA VENERACIÓN DE LOS FIELES
DESPUÉS DE SU BEATIFICACIÓN**

Roma, 29 de septiembre de 2014

Queridos hermanos y hermanas:

Como bien podéis imaginar, hoy pasan por mi mente muchos recuerdos que me llevan a dar gracias a Dios por el siervo bueno y fiel que fue el beato Álvaro del Portillo, obispo y prelado del Opus Dei.

Pienso que todos hubiéramos querido llevar el féretro para agradecer su vida de entrega y servicio a la Iglesia, su interés por cada uno de nosotros y su amor diario a la voluntad de Dios.

Hoy celebramos la fiesta de san Miguel, san Gabriel y san Rafael. Puedo aseguraros que el beato Álvaro tenía gran de-

voción a estos arcángeles, que recibieron misiones específicas de parte de Dios. El queridísimo don Álvaro era tan devoto que, en una reunión, propuso que, en vez de suprimir las fiestas litúrgicas de san Gabriel y de san Rafael, fuera unificada la celebración de los tres arcángeles en una sola fiesta: la que celebramos hoy.

Imagino que muchos habéis participado esta mañana en la Misa y recordáis las palabras que Natanael escuchó de boca de Felipe: “Ven y verás”. También el beato Álvaro buscó siempre ver y hacer las cosas que Dios le pedía. Llegó a la Obra en sus inicios, en 1935. Quedó impresionado por la fe maravillosa, estupenda, de san Josemaría y, por eso, cuando le sugirieron la posibilidad de seguir a Dios por el camino del Opus Dei, no dudó y respondió con toda la fuerza de su alma, diciendo: “Aquí estoy”. Esta manera de actuar, esta respuesta, fue la que trató de dar todos los días de su vida y lo hizo siguiendo, en primer lugar, el ejemplo de la Virgen —que supo decir ese maravilloso “ecce ancilla Domini”— y también siguiendo las huellas de san Josemaría: así nos abrió el camino de la fidelidad, de una fidelidad inquebrantable.

Don Álvaro era un hombre de fe, que se fiaba del Señor y de las personas llamadas por el Señor para guiar esta parte de la Iglesia que es la prelatura del Opus Dei. Por eso san Josemaría comprendió, después de poco tiempo, que contaba con una persona en la que podía apoyarse para sacar adelante el trabajo que había comenzado solo, aunque con una gran fe, que contagiaba a todas las personas que lo trataban. Don Álvaro aprendió esa lección de fe y, por este motivo, se fió del Señor durante toda su vida: siempre quiso seguirlo más de cerca.

Así pues, don Álvaro poseía todas las virtudes que hemos escuchado en la lectura de hoy, porque verdaderamente buscaba identificarse constantemente con la voluntad de Dios. Hasta el momento en que el Señor lo llamó a su presencia, supo decir “aquí estoy”, y se marchó al Cielo con una sonrisa y con la paz que siempre comunicaba a las personas que estaban a su alrededor.

Te pedimos, beato Álvaro, con todo nuestro corazón, que todas y todos sepamos ser muy fieles a las llamadas que el

Señor nos hace a lo largo del día. Te recordamos con aquella sonrisa, tan habitual en ti; una sonrisa que provenía de tu unión con el Señor, de tu fe en la intercesión de la Virgen y de la seguridad de que monseñor Josemaría Escrivá nos cuidaba desde el cielo.

Cuando nuestro fundador dejó esta tierra, don Álvaro decidió adecuarse completamente al modo de trabajar de san Josemaría. Y esto fue precisamente lo que Pablo VI le pidió una vez que don Álvaro le hablaba del trabajo apostólico que debía realizarse en todo el mundo. Con la seguridad propia del sumo pastor de la Iglesia, el futuro beato Pablo VI le dijo: “Siempre que deba resolver algún problema o que deba dar orientaciones encomiéndose a monseñor Escrivá, para actuar según su mente”. Don Álvaro obró así: os puedo asegurar que su oración tenía como base su trato con el Señor, pero pasando por la intercesión de la Virgen y por la petición de ayuda a monseñor Escrivá, a quién había visto rezar, crecer en su conversación diaria con el Señor, estimar en mucho el sacrificio y la mortificación gozosa, no con resignación, sino con alegría,

porque san Josemaría amaba la cruz, y también el beato Álvaro supo amar la cruz con todas sus fuerzas.

Tenía grandes cualidades humanas y espirituales y buscó desarrollarlas a lo largo de toda su vida. Fue fiel y jamás dejó de aprovechar ninguna de las oportunidades de decir al Señor —como os recordaba antes— “aquí estoy”. Te pedimos, beato Álvaro —padre, amigo— que nos ayudes a todos para que en nuestra vida no haya negaciones, ni siquiera pequeñas, a lo que el Señor nos pide. Ayúdanos, porque necesitamos tu intercesión para servir a Dios, para acogernos a la intercesión de la Virgen y para ser instrumentos fieles a la Iglesia y al Papa y, así, ayudar a responder a todas las necesidades que tiene la sociedad de nuestro tiempo.

Hermanos y hermanas: tenemos ante nosotros los sagrados restos de un hombre, un sacerdote, un obispo, que ha sabido dejar todo lo que hacía en las manos de Dios. Por eso estaba siempre tranquilo, feliz. Era un gran comunicador de paz. Digámosle con sinceridad: ayúdanos a dar testimonio del amor que Dios tiene por nosotros.

Por nuestra parte, busquemos trabajar con sacrificio y renuncia —si es necesario— ya que este es el modo de crecer positivamente en nuestra vida humana y espiritual. Invoquemos a Santa María, a quien tanto ha rezado don Álvaro —me vienen a la memoria las frecuentes visitas que hacía a la madre de Dios y madre nuestra—; acerquémonos la Virgen, pidámosle que el Señor aumente la gloria accidental de don Álvaro y que él —padre, amigo, hermano— nos ayude siempre a ser constantes y fieles a la voluntad de Dios.

¡Sea alabado Jesucristo!

**HOMILÍA DEL CARDENAL AGOSTINO VALLINI
EN LA SANTA MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS
CELEBRADA EN LA BASÍLICA DE SAN JUAN
DE LETRÁN**

Roma, 30 de septiembre de 2014

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos hoy esta santa Eucaristía para alabar y bendecir al Señor por la gracia de la beatificación, el pasado sábado en Madrid, del obispo Álvaro del Portillo, prelado del Opus Dei.

1. En la primera lectura el profeta Ezequiel, hablando en nombre de Dios, nos ha revelado el amor premuroso de Dios, que continuamente toma la iniciativa para salvar a su rebaño: “Yo mismo —dice el Señor— buscaré mi rebaño y lo apacentaré... Buscaré a la oveja perdida, haré volver a la descarriada, a la que esté herida la vendaré, y curaré a la enferma. Tendré cuidado de la bien nutrida y de la fuerte”¹. Dios sale en busca de sus ovejas, sobre todo de las “ovejas descarriadas”, las conduce a verdes praderas y las hace re-

posar. Es verdaderamente reconfortante y estimulante saber que el Señor nunca nos abandona, porque nos ama. Dios nos precede siempre, conoce nuestras necesidades, se adelanta a nuestros ruegos y antes de que nos dirijamos a Él en petición de ayuda y protección actúa, nos preserva del mal y crea nuevas oportunidades de bien. Conscientes de este amor providente del Padre, podemos confesar con alegría nuestra gratitud con las palabras del Salmo: “El Señor es mi pastor: nada me falta”².

2. El Evangelio nos ha recordado que en realidad el amor de Dios por nosotros ha ido mucho más allá de todo eso. Jesús, el Hijo de Dios, proclamándose el “buen pastor”, ha transformado el concepto mismo de pastor, pues es el pastor que no solo guía y cuida a su rebaño, sino que da la vida por él: “Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas”³. En la cruz, Jesús se ha dado enteramente por nosotros, y en la resurrección nos ha comunicado la vida divina con la efusión del Espíritu Santo, que en el Bautismo nos ha hecho hijos, partícipes del mismo destino del Hijo y miembros de su familia, la Iglesia. Jesús resucitado es la Vida⁴ sin fin: en él podemos

dirigirnos a Dios, como hijos que se dirigen al Padre, y repetir con san Pablo: “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí”⁵.

3. Hermanos y hermanas, con esta certeza de fe vivió el beato Álvaro del Portillo. Nacido en Madrid en 1914, con 21 años (en 1935) entró a formar parte del Opus Dei y muy pronto el santo fundador encontró en él a su colaborador más valioso y fiel. Ordenado sacerdote en 1944, vivió casi cincuenta años, desde 1946, en Roma, donde murió en 1994. Tanto estimaba san Josemaría a don Álvaro que el mismo día de su ordenación sacerdotal lo escogió como confesor. La dedicación de este hijo y hermano a la Iglesia le granjeó la confianza de la Santa Sede, que le asignó múltiples encargos, tanto durante el Concilio Vaticano II como después, en varios dicasterios de la Curia Romana. Elegido en 1975 primer sucesor de san Josemaría al frente de la Obra, trabajó intensamente por obtener de la Iglesia la configuración canónica más adecuada al carisma fundacional, individuada en la prelatura personal, de la que fue el primer prelado. San Juan Pablo II quiso elevarlo al episcopado y, el 6 de enero de 1991, le confirió la ordenación episcopal. El 23 de marzo de

1994, pocas horas después de volver de una peregrinación a Tierra Santa, el Señor lo llamó a su presencia.

4. El nuevo beato creía profunda e intensamente que Dios, en Jesús, nos ama, nos da la vida, nos introduce en su familia, la Iglesia, cuida de nosotros y nos guía con afecto paterno para que alcancemos nuestro verdadero bien. Se enamoró de Cristo y se dejó amar por él. Abrió su corazón y se abandonó totalmente en el Señor. Así vivió él mismo, y a este ideal consagró también su vida sacerdotal, enseñando que en todo momento, tanto en las cosas pequeñas de cada día como en las situaciones más difíciles y dolorosas, nuestra disposición íntima debe ser la de tratar de descubrir cuál es la voluntad de Dios y esforzarnos generosamente por secundarla. En esto consiste la vocación cristiana, que es vocación a esa santidad a la que todos somos llamados; una santidad accesible a todos en la simplicidad de la vida cotidiana. Quienes lo conocieron testimonian que “transmitía la urgencia del amor de Dios. Ponía delicadamente a cada uno ante su propia responsabilidad de amar a Dios y a las almas”. Compartía plenamente el carisma que el Señor había dado a

san Josemaría y trabajó sin descanso —con “audacia apostólica”, como a menudo el santo fundador invitaba a actuar— para que todos pudieran encontrar a Dios y responder a la propia vocación. En el matrimonio y en la familia, como en el sacerdocio o en otras posibles formas de vida cristiana, Dios nos revela cuál es su voluntad para nuestro verdadero bien y con su gracia nos llama a escuchar las inspiraciones del Espíritu Santo y a ponerlas en práctica con generosidad. El abandono en la amorosa voluntad de Dios es la fuente de esa alegría de la que debe estar impregnada la vida de todo cristiano.

En una de sus cartas pastorales escribía el nuevo beato que ese proyecto de Dios para cada uno “ha asumido nuestra existencia con carácter de totalidad y de exclusividad: no hay —no puede haber— otros fines en nuestra voluntad, ni otras ilusiones en nuestro corazón, ni otros pensamientos en nuestra inteligencia, que no se hallen plenamente sometidos al misericordioso designio que Dios nos ha mostrado”⁶.

5. En la segunda lectura san Pablo, hablando de sí mismo, se declara ministro de la Iglesia “por disposición divina, dada

en favor vuestro: para cumplir (...) el misterio que estuvo escondido durante siglos y generaciones”⁷.

Jesús es el único pastor, pero cumple su obra en la historia sirviéndose de los hombres como instrumentos suyos y operadores del bien. En la multiplicidad de dones y carismas, ciertamente es importante el ministerio de quienes, habiendo recibido la gracia del sacerdocio ministerial, obran en persona de Cristo para ser dispensadores de la Palabra mediante la obra de evangelización, dispensadores de la gracia de los sacramentos y guías pastorales en el camino de la salvación.

El beato Álvaro del Portillo ejerció el sacerdocio, y después el episcopado, a la luz de una plena “paternidad espiritual”. Con su humildad, delicada y atenta, buscaba comprender siempre las necesidades y las esperanzas de los hombres, haciéndose cercano a todos con amor de padre. Para él, el ministerio era ejercicio de paternidad y la paternidad se expresaba en el ministerio. Por eso animaba siempre a darse generosamente en el apostolado. Él decía: “Hay muchas personas que viven a nuestro alrededor sin conocer a Cristo y están esperando que

nos ocupemos de ellas”. Manifestaba también su caridad pastoral promoviendo incansablemente actividades sociales que hoy vemos difundidas por todo el mundo: obras de misericordia, hospitales, escuelas, universidades...

Ante la progresiva extensión del fenómeno de la secularización, exhortaba a los miembros de la Obra, y en particular a los laicos, a animar cristianamente con la luz del Evangelio todos los ambientes. “Que no haya ninguna esfera de la sociedad civil —decía— que permanezca de espaldas a la luz de Cristo. Recuperad este mundo en fuga para restituirlo a Dios”.

Tenía la convicción profunda de que Cristo “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”⁸. Por eso todos los miembros de la Iglesia estamos llamados a cooperar en la misión. Lo ha repetido con fuerza el Santo Padre Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*: “En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su

fe, es un agente evangelizador”⁹. “Participar sinceramente en tan gran tarea supone, de una parte, una especialísima responsabilidad, de la que todos daremos cuenta a Dios; de otra, es señal del gran honor que nos dispensa la Trinidad Beatísima, es una muestra inmerecida del cariño y de la confianza del Señor en sus hijos”¹⁰.

En el caso particular de los laicos, “esta misión debe llevarse a cabo en el cumplimiento del trabajo profesional y de los deberes ordinarios, vividos heroicamente, con visión sobrenatural, para santificarse y para santificar las realidades temporales con las que cada uno se encuentra en contacto diario”¹¹. Es un apostolado sin confines, que comienza por la propia familia —iglesia doméstica¹² que hay que construir día a día— y se extiende después a los amigos, a los compañeros de trabajo y a todas las personas que encontramos ocasionalmente, con responsabilidad por el bien común de la sociedad. Siempre sin distinciones, porque el Señor ama a todos y a nadie excluye del celo apostólico que se debe manifestar en todos los instantes de nuestra vida.

6. De la vida pastoral del nuevo beato quisiera recordar, en particular, su ministerio eucarístico y penitencial.

En primer lugar la Eucaristía, el memorial de la muerte y de la resurrección del Señor, que hace presente y actualiza, a través de los signos sacramentales, la realidad del sacrificio de la cruz, puesto una vez por todas en el vértice de la historia humana. El Concilio Vaticano II ha exhortado a los cristianos a hacer lo posible por convertir la santa Misa, cada día, en “centro y raíz de toda la vida”¹³. Es algo de lo que el beato Álvaro estaba plenamente convencido, hasta tal punto que a veces hacía en voz alta la acción de gracias de la Misa, con sencillez y devoción, para involucrar a los fieles en el amor a Jesús en la Eucaristía y para ayudarles a hablar con Dios.

Con el mismo celo celebraba el sacramento de la Confesión: el “sacramento de la alegría”, como a san Josemaría le gustaba llamarlo. Decía el beato Álvaro que cada vez que lo recibimos con arrepentimiento sincero de nuestros pecados nos arrojamamos en los brazos abiertos de Dios nuestro Padre, que nos acoge amorosamente, nos perdona y nos asegura la ayuda de

la gracia para proseguir nuestro camino unidos a él, o para reanudarlo si lo habíamos dejado. El beato se acercaba a la confesión con gran fe todas las semanas, dando ejemplo de humildad y de confianza en el amor de Dios, y animaba igualmente a todos a frecuentarla, para sentir la ternura de Dios.

7. Queridos hermanos y hermanas, que el ejemplo de los santos nos anime a recorrer con audacia y fidelidad la senda de la santidad. Pidamos al beato Álvaro y a la Virgen María, madre de Dios y madre nuestra, que nos acompañen en nuestro camino de hijos de Dios, dóciles a su voluntad, para que vivamos en plenitud nuestra vocación y la testimoniamos todos los días. Amén.

¹Ez 34, 11; 15-16.

²Sal 23 (22), 1b.

³Jn 10, 11.

⁴Gal 2, 20.

⁵BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, Carta pastoral, 1-XII-1997, en «Lettere pastorali», vol. I, p. 362.

⁶Col 1, 25-26.

⁷1 Tm 2, 4.

⁸FRANCISCO, Exhort. ap. Evangelii gaudium, 24-XI-2013, n. 120.

⁹BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, Carta pastoral, 1-XI-1998, en «Orar. Como sal y como luz», edición a cargo de José Antonio Loarte, Barcelona 2013, pp. 210-211.

¹¹GABRIELE DELLA BALDA, Alvaro del Portillo - Il Prelato del sorriso che guidò l'Opus Dei, p. 8.

¹²Cfr. Conc. Vaticano II, Const. Lumen gentium, n. 11.

¹³Conc. Vaticano II, Decr. Presbyterorum Ordinis, n. 14.

**HOMILÍA DEL CARDENAL SANTOS ABRIL
Y CASTELLÓ EN LA SANTA MISA DE ACCIÓN
DE GRACIAS CELEBRADA EN LA BASÍLICA
DE SANTA MARÍA LA MAYOR
Roma, 30 de septiembre de 2014**

Con gran alegría estamos reunidos hoy en esta basílica romana dedicada a Santa María. Nuestra Eucaristía cobra un matiz particular, pues agradecemos al Dios tres veces santo por la reciente beatificación, decretada por nuestro querido Papa Francisco, del obispo Álvaro del Portillo, prelado del Opus Dei. La santidad de Dios se refleja en sus santos y, con expresión del Santo Padre, tiene rostro. A la luz de la liturgia de la Palabra, me gustaría contemplar con vosotros esa bondad de Dios que Álvaro del Portillo supo encarnar: queremos “descubrir a Jesús en el rostro” del nuevo beato. Con una fidelidad llena de amor, siguiendo el ejemplo de san Josesmaría, anunció el mensaje cristiano en obras y de verdad, haciéndose eco de la belleza de las enseñanzas del Concilio Vaticano II, y su afán por las almas le empujó a llevar el calor de nuestra fe al mundo entero.

1. “Yo mismo buscaré mi rebaño y lo cuidaré” (Ez 34, 11). Es grande la promesa que Yahveh hace, por boca del profeta Ezequiel, a los miembros del Pueblo elegido que habían sufrido la deportación. A pesar de las infidelidades de los hombres, el Señor manifiesta su cercanía, y se compromete a protegerlos y a guiarlos: “Yo mismo apacentaré mis ovejas y las haré reposar” (Ez 34, 17).

La historia de Israel avanza sostenida por la esperanza del cumplimiento de estos vaticinios, que se realizarían plenamente con la encarnación del Verbo. En efecto, Jesucristo aplica a sí mismo esta conmovedora imagen, y se presenta como el buen pastor, que da la vida por las ovejas que recibió del Padre (cfr. Jn 10,11.29). Así, manifiesta al mismo tiempo su íntima —consustancial— unión con el Padre y la misión que tiene delante de los hombres. En los cuidados del buen pastor reconocemos, pues, la misericordia del Padre eterno, que busca a sus hijos para atraerlos a sí, reuniéndolos en una misma casa, que es la Iglesia. La misión de Jesucristo se prolonga de modo particular en los Apóstoles y sus sucesores. Él se hace presente en aquellos que ha designado como pas-

tores de su pueblo: por eso, san Pablo se considera servidor de la Iglesia, y es consciente de haber recibido un encargo preciso, en favor de los fieles (cfr. Col 1, 25). Comunicar este inmenso amor de Dios hacia los hombres es algo que sobrepasa las capacidades humanas, y casi parecería una temeridad pretender hacerlo; no obstante, el Apóstol exclama que cumple su misión no por su propia virtud, sino por la de Cristo: “luchó denodadamente con su fuerza, que actuó poderosamente en mí” (Col 1,29). Álvaro del Portillo fue un pastor fiel, según el anuncio que el profeta Jeremías había hecho al pueblo, de que Dios concedería pastores según su corazón (cfr. Jer 3,15). Así, el beato Álvaro correspondió a la fidelidad llena de misericordia de Dios, que la Escritura designa como verdad y amor.

Al inicio de esta celebración eucarística, en la oración colecta nos hemos dirigido a Dios, el Padre de las misericordias que colmó al beato Álvaro del Portillo de un espíritu de verdad y de amor . Y es que la gracia actuó con fuerza en este obispo bienaventurado, manifestando con su vida entregada al Pueblo de Dios la misericordia del Padre. Lo hizo en una

época en la que también los hombres y mujeres siguen necesitados de experimentar la ternura del Padre, que cura las heridas de los corazones, fortalece las almas débiles y reconduce por el buen camino a quien lo había perdido (cfr. Ez 34, 16). Por eso, el beato Álvaro invitaba a acercarse al Señor, a perseverar fielmente a su lado para colmar la vida de dicha: “no ‘le’ dejes, y te enamorarás; sé leal y acabarás loco de amor a Dios” escribió en una ocasión, comentando el punto final de la obra de san Josemaría, *Camino*.

2. El espíritu de verdad impregnó la vida del beato Álvaro del Portillo. Fue un auténtico colaborador de la verdad (cfr. 3 Jn 1, 8), de esa verdad que salva, que es la fe en el Dios uno y trino. Difundió entre muchas personas de la más diversa condición el mensaje evangélico. Siguiendo las huellas de san Josemaría Escrivá de Balaguer, realizó viajes desde América hasta Oceanía para mantener numerosos encuentros de catequesis, explicando la doctrina cristiana a los hombres y mujeres del mundo de hoy, tanto en países de arraigada tradición cristiana como en aquellos en los que el anuncio de Jesucristo aún se sigue abriendo paso. En su colaboración

con la Sede Apostólica fue un fiel custodio de la Tradición de la Iglesia, al mismo tiempo que sabía que había que transmitirla a sus contemporáneos con la misma fuerza y vivacidad de la Iglesia primitiva. En este sentido, colaboró eficazmente en los trabajos del Concilio Vaticano II, cuyas enseñanzas se encontraban constantemente en su predicación y empeño pastoral: especialmente la llamada universal a la santidad, el papel insustituible de los laicos y su libertad, la vocación y misión de los sacerdotes.

Como servidor de la verdad, el beato Álvaro también promovió la creación de universidades y centros de enseñanza, impregnados del espíritu evangélico. En una época que exalta el valor de la libertad, no dejó de recordar que la verdad hace libre al hombre (cfr. Jn 8, 32), y específicamente, la verdad de la dignidad de los hijos e hijas de Dios.

Por eso, junto a este servicio infatigable a la verdad —y como fundamento imprescindible—, en la vida del beato Álvaro contemplamos un espíritu de amor rebotante. Era una caridad operativa, que lo llevó a secundar constantemente al

fundador del Opus Dei de una manera silenciosa, pero no por eso menos eficaz. En esta entrega tampoco faltaron los dolores y contradicciones, que supo llevar con una auténtica paz, reconfortado por la gracia de Dios. Así, podía decir lo mismo que san Pablo escribía a los de Colosas: “ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, a favor de su cuerpo que es la Iglesia” (Col 1,24).

En su ministerio pastoral, supo ser un sembrador de paz y de alegría. Muchos testigos recuerdan la mirada serena del beato Álvaro, que transparentaba una profunda relación filial con Dios Padre, y que comunicaba espontáneamente la paz de quien se sabe hijo muy amado. En sus viajes pastorales invitaba a las personas que lo oían a dejar que esta serenidad cristiana gobierne su actividad diaria, haciendo del trabajo, de la vida familiar y las demás realidades cotidianas una ocasión de encuentro con Jesucristo.

Sabía también este santo pastor que la paz solo puede llegar a la comunidad humana si las relaciones que le dan forma

están llenas de justicia y de amor. Por eso, en viajes y cartas pastorales encontramos invitaciones apremiantes a no ser indiferentes hacia la suerte de los demás hermanos. Porque el Señor llama a todos a ser también instrumentos de su misericordia, aliviando las necesidades materiales y espirituales de los hombres que comparten con nosotros la existencia. Así, son numerosas las iniciativas de beneficencia y promoción social cuyo origen está ligado de un modo u otro a la vida y predicación del beato Álvaro.

3. “Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor” (Jn 10,16). Podemos decir que esta inquietud del Señor estuvo fuerte en el corazón de pastor del nuevo beato. Su mirada se dirigía a todo el mundo. Por eso, con sus enseñanzas, oración y ejemplo impulsó a sus hijos e hijas a trabajar en los ambientes más variados, convirtiéndolos en una ocasión de presentar la figura de Jesús a las personas con las que convivían. En efecto, como enseña el Papa Francisco, “todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en

Cristo Jesús”. Animó a muchos cristianos a ser consecuentes con su vocación de ser luz del mundo, dejándose iluminar por el Señor. En algunas ocasiones, comparaba la fuerza transformadora de la Eucaristía en las almas con el sol cuyos rayos, en el ocaso, parecen incendiar la tierra: así también los cristianos pueden brillar y dar luz por donde se muevan, si reciben al Señor en el Sacramento del altar.

Llevar la luz y el calor de Cristo a todas las almas: ese fue un afán que caracterizó la vida del nuevo beato. Por eso, secundó la llamada de san Juan Pablo II de realizar una nueva evangelización en los países en los que se había obscurecido el mensaje de alegría y misericordia de Nuestro Señor. Y también comenzó el apostolado de la prelatura del Opus Dei en otros sitios donde todavía no se había afianzado el Evangelio.

Como nos lo recuerda el Papa Francisco, “la nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados”. Esta Misa en acción de gracias es también una invitación para que reavivemos todos nuestro

compromiso apostólico. La celebramos en este templo, que custodia la venerada imagen de Santa María, *Salus Populi Romani*. A ella acudió el Santo Padre Francisco a la mañana siguiente de haber sido elegido sucesor de Pedro. El beato Álvaro también fue numerosas veces peregrino de este santuario mariano. Así, el 1 de enero de 1978 estuvo rezando aquí para iniciar un año mariano de acción de gracias por el 50º aniversario de la fundación del Opus Dei. Sabía que para llegar a Jesucristo el mejor camino es recurrir a su Santísima Madre, según estas palabras del fundador del Opus Dei, que

había recibido en lo más profundo de su corazón: “A Jesús siempre se va y se «vuelve» por María”.

Queridos amigos, también hoy queremos confiar nuestro camino cristiano a la protección de Santa María. Y repetimos nuestro agradecimiento al Señor que, por la mediación de su Santísima Madre, nos ha mostrado su misericordia en la vida del beato Álvaro del Portillo: ¡que el nuevo beato interceda para que seamos buenos hijos de tan buena madre! Así sea.

PALABRAS DEL SANTO PADRE EN LA AUDIENCIA DEL 1 DE OCTUBRE DE 2014 EN LA PLAZA DE SAN PEDRO

Saludo a los peregrinos de lengua española, venidos de tantos países. Saludo asimismo a monseñor Javier Echevarría, prelado del Opus Dei, así como a los fieles de la prelatura aquí presentes para dar gracias a Dios por la beatificación de monseñor Álvaro del Portillo. Que la intercesión y el ejemplo del nuevo beato les ayude a responder con generosidad al llamado de Dios a la santidad y al apostolado en la vida ordinaria, al servicio de la Iglesia y de la humanidad entera. Muchas gracias y que Dios los bendiga.

**PALABRAS DE MONSEÑOR JAVIER ECHEVARRÍA
PRONUNCIADAS DESPUÉS DEL TRASLADO
DEL CUERPO DEL BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO
DESDE LA BASÍLICA DE SAN EUGENIO
A LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE LA PAZ
Roma, 2 de octubre de 2014**

Queridísimos hermanos y hermanas.

Damos gracias a Dios por estos días solemnes que hemos vivido y le decimos al Señor de todo corazón: *Gratias tibi, Deus, gratias tibi*. Queremos, como intentaron siempre san Josemaría y el queridísimo beato Álvaro, que nuestra vida entera sea una alabanza a Dios y un acto de amor que nos lleve concretamente a ir purificando nuestras almas, nuestros cuerpos, nuestras intenciones.

Don Álvaro, el beato Álvaro, fue una persona de gran madurez de voluntad, de inteligencia; de una sencillez que deslumbraba por la capacidad que tenía de acercarse y de servir a todas las personas. De un trato sumamente agradable

porque veía en los demás al mismo Cristo, y también a una hermana o a un hermano. Por eso, su labor cotidiana era un servicio a Dios sabiendo que tenía que pasar por el servicio a las personas que trataba o que estaban a su alrededor. Le pedimos al Señor, a través de la intercesión del beato Álvaro, y también, como es lógico, de san Josemaría, que nos haga a todas y a todos, hombres leales, mujeres leales, que sepan gastar su vida con alegría, con la misma sencillez que don Álvaro, que emprendió tareas muy importantes y, al mismo tiempo, tareas cotidianas que componen la existencia de una persona. Por eso, invocando su protección, le decimos que nos proteja, que nos conduzca, que nos ayude constantemente para que sepamos levantar a Dios el corazón y para que concretamente sepamos rehacernos si alguna vez no hemos correspondido con la fuerza con que debiéramos.

Beato Álvaro, gracias por todo lo que has hecho. Gracias por tu generosidad. Gracias por esa fidelidad inquebrantable, aunque tuviste que pasar, como ocurre a todos los hombres, pero concretamente a ti, por momentos en los que tenías que afrontar dificultades externas de no poca categoría. Al

mismo tiempo, no perdiste en ningún momento ni la paz ni la disponibilidad para aceptar esas cruces más o menos pequeñas o más o menos grandes. Gracias nuevamente. Te lo decimos de todo corazón. Gracias porque querríamos poner nuestros pies en las huellas de tu fidelidad, en las huellas de tu servicio a Dios, en las huellas de tu afán apostólico, pues aprovechabas todas las ocasiones para querer a la gente, a las personas, a cada persona, y llevarlas a Dios en su vida cotidiana. Gracias y no pararíamos de decirte gracias, porque aquí tenemos concretamente los resultados de una vida heroica. Cuánta gente ha venido para darle gracias, para honrarle y, al mismo tiempo, para pedirle su protección en su vida, en su trabajo, en su vida familiar, en su vida profesional, en su descanso y en su trato con las demás personas. Querríamos también, queridísimo don Álvaro, que metieses en nuestra alma esa devoción filial que tuviste, ya desde pequeño, a nuestra madre Santa María. Enséñanos a decirle:

Dulce Madre, no te alejes, tu vista de mí no apartes... Pero sentimos que tú mismo nos dices: no os apartéis vosotros de Ella, ni siquiera una chispita.

Que de verdad seáis muy marianos, como enseña ese punto de *Camino* que tanto le removi6 desde que era joven: «A Jesús siempre se va y se “vuelve” por María» (*Camino*, n. 495). Queramos estar cada vez más, más cerca, más metidos en la devoción a la Virgen para que ella nos lleve a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo, y convierta nuestra existencia en un apostolado continuo que nos impulse generosamente a dar nuestras vidas, a vivir una mortificación constante, un sacrificio alegre y un trabajo abnegado, pasándolo por las manos de Nuestra Señora, para que sea una ofrenda a Dios cada día, cada momento, cada instante.

¡Gracias, queridísimo Álvaro! ¡Gracias, queridísimo beato!

Fotografías:

Archivo Fotográfico de la Beatificación (AFB): José Falcón Rodríguez, Víctor Falcón Vizoso, Enrique Vinagrero Redondo, Eugene Ohu, José Carlos Barba Pérez.

Alonso Gil Casares (AGC); Beatriz Torres del Hoyo (BTH); Concha Morón (CM); Enrique Serrano Valero (ESV) ; Francisco Chapa Sancho (FCS); Francisco Sada González (FSG); Guillaume Mony (GM); Gabriel Serrano Herrería (GSH); Ismael Martínez Sánchez (IMS); Juan María San Millán (JMS); Macu Cuesta (MC); Manuel Castells Clemente (MCC); Pablo Pérez-Tomé (PPT), Santiago González-Barros (SGB); Patrizia Tocci (PT); Gianni Proietti (GP).

Producción: Javier Urbina Rosell, Jesús María Mínguez, Roberto Vera, Javier Berquizas Díez, Ángel Ganuza Artiles.

Asesoramiento: Guillermo Sanz, José Luis Cebrián.

Diagramación: José María Vizcaíno.

Tratamiento de imagen: Miguel González Guerrero, Pablo Serrano Herrería.

Realización: Antonio Tormo Ederra.

ISBN: 978-84-697-2119-3

CREATIVE COMMONS Copyright: Reconocimiento del autor de cada foto – No Uso Comercial – CompartirIgual (by-nc-sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original.